EMPÉDOCLES

POR

FEDERICO HÖLDERLIN

PERSONAJES

EMPÉDOCLES.
PAUSANIAS, su discípulo.
HERMÓCRATES, sumo pontífice de Agrigento.
CRITIAS, Arconte de Agrigento.
PANTEA, su hija.
DELIA, su amiga.
AGRICENTINOS, tres esclavos de Empédocles.
UN CAMPESINO.
LUGAR: Primer acto: AGRIGENTO.
Segundo acto: EL ETNA.

PRIMER ACTO

I

PANTEA y DELIA

PANTEA. Este es su jardín. Allí en la escondida sombra, donde el manantial brota, allí permanecía de joven cuando yo pasaba. ¿No le has visto nunca?

DELIA. ¡Oh Pantea! Sólo desde ayer estoy con mi padre en Sicilia. Pero cuando era una niña, le vi sobre un carro de combate en los juegos de Olimpia. Entonces hablaban mucho de él, y siempre me ha quedado su nombre.

PANTEA. ¡Ahora es cuando debes verle, ahora! Dicen que las plantas están atentas a su paso y que las aguas de la tierra brotan en el lugar donde se posa su bastón, y que cuando contempla el cielo en las tormentas, la nube se rasga y brilla al claro día. Con ser esto cierto, ¿de qué sirve? ¡Es a él mismo a quien debes ver un instante, y luego nada más! Yo le huyo: es un ser que todo lo trastorna.

Por su gran interés, publicamos esta tragedia de Hölderlin, en versión castellana de Carmen Bravo-Villasante. Lamentamos que por su extensión no se pueda incluir en el mismo número el epílogo que lo acompaña, que aparecerá en un próximo número de nuestra revista.

DELIA. ¿Cómo, entonces, vive con otros? No comprendo nada de este hombre. Dime: ¿tiene también, como nosotros, esos días vacíos, en los que uno se siente viejo y mezquino? ¿Existe el dolor humano para él?

PANTEA. ¡Ay! La última vez que le vi, bajo la sombra de sus árboles, sufría también una pena profunda, él, que es divino. Con singular anhelo, como quien ha perdido mucho, buscaba tristemente: tan pronto miraba hacia la tierra, tan pronto hacia lo alto, a través de la penumbra del bosque, como si la vida se le hubiera escapado hacia el lejano azul. La humildad de su regio semblante conmovió mi corazón atormentado: también tú has de morir, hermoso astro, y ya no has de ser más. Así lo presentí.

DELIA. ¿Has hablado con él, Pantea?

PANTEA. ¡Oh, qué recuerdos me traes! No hace mucho aún que yacía moribunda. Ya se apagaba el día para mí, y el mundo oscilaba en torno al sol como una sombra sin alma. Entonces, mi padre, aunque es enemigo de este gran hombre, en aquel día sin esperanzas, le llamó a él, que es íntimo de la Naturaleza. Y cuando el magnífico me alargó la medicina, la lucha de mi ser se apaciguó con mágica conciliación. Y como transportada a una dulce infancia, libre de pensamientos, permanecí dormida en un sueño vigilante durante muchos días, en los que apenas necesité de la respiración de la vida. En aquel aire puro, ¡cómo se desplegó mi ser por vez primera hacia el mundo tanto tiempo ignorado! Mi pupila se abrió hacia el día con juvenil curiosidad. ¡Allí estaba Empédocles! ¡Qué divino y qué presente ante mí! Fué la sonrisa de sus ojos la que hizo que brotase mi vida nuevamente! ¡Ay! Y como una nubecilla del alba voló mi corazón hacia la dulce luz, tan alta, y fuí un tenue reflejo de él.

DELIA. ¡Oh Pantea!

PANTEA. Pues ¿y el tono de su voz? En cada una de sus sílabas resuenan todas las melodías, y el espíritu, en sus palabras. Quisiera sentarme a sus pies, horas y horas, como su discípula, como su hija, para contemplar su éter y lanzarme con júbilo, hasta que mis sentidos se perdieran en las alturas de su cielo.

DELIA. ¿Qué diría, niña, si lo supiera?

PANTEA. No lo sabe. El que se basta a sí mismo se mueve en su propio mundo; con suave paz divina camina entre sus flores, y hasta el aire teme molestar al dichoso. Ante él enmudece el mundo. El entusiasmo brota de su ser en ondas de creciente contento; de la noche del éxtasis creador salta el pensamiento como una chispa; los espíritus de los actos futuros se agolpan en su alma y le muestran la vida hirviente de los hombres y la callada Naturaleza... Aquí, entre sus elementos, se siente como un dios, y su alegría es un canto celeste. Se muestra al pueblo los días en que la multitud ruge y el tumulto indeciso necesita un hombre poderoso, y entonces los domina, y el piloto magnífico los salva. Ellos, al pronto, ne-

cesitan acostumbrarse al hombre extraño; mas, antes que se den cuenta, éste desaparece, pues le atrae a sus sombras el silencioso mundo de las plantas, donde se halla mejor y contempla la misteriosa vida que despliega sus fuerzas ante él.

DELIA. ¡Oh, cómo hablas! ¿Cómo sabes tú todo esto?

PANTEA. Pienso mucho en él. Y ¿cuánto tiempo me queda aún de pensar en él? ¡Ah! Y ¿acaso he comprendido quién es? Ser el mismo, eso es la vida, pues nosotros no somos sino un sueño. ¡Cuántas cosas de él me ha contado su amigo Pausanias! Este joven le contempla día tras día; el águila de Júpiter no es más valiente que Pausanias, ¡te lo aseguro!

DELIA. No puedo censurar lo que dices, amiga mía, y, sin embargo, mi alma se entristece extraordinariamente; tan pronto quisiera ser como tú... y no quisiera serlo. ¿Sois así todos los de esta isla? Nosotros también gozamos con los grandes hombres. Ahora hay uno que es la gloria de los atenienses. ¡Sófocles! El aprecia sobre todos los mortales el ser magnífico de las vírgenes, que inclina su alma a pensamientos puros. Todas desean ser un pensamiento de este hombre magnífico, pues quisieran gustosas salvar su hermosa juventud antes que se mustie en el alma del poeta. Y cada una se pregunta qué doncella de la ciudad será aquella dulce heroida, que formó su alma y dió el nombre de Antígona; y nuestras frentes resplandecen cuando el amigo de los dioses entra en el teatro los días alegres de las fiestas. Entonces, la pena no mpaña nuestro aplauso, y nunca como entonces se entrega el corazón a un homenaje tan dolorosamente ardiente. Te sacrificas, bien lo veo; él es demasiado grande para que permanezcas tranquila: ilimitadamente amas al ilimitado. Mas a él, ¿de qué le sirve? Tú misma presientes su muerte, amiga mía, y ¿has de perecer con él?

PANTEA. ¡Oh, no hagas que me sienta orgullosa! No temas por mí como por él. Yo no soy él. Cuando él muera, su muerte no será la mía, pues también es grande la muerte de los grandes. Si el escudero desea caminar junto al héroe, impulsado por la misma llama del Destino, tanto uno como otro estarán predestinados... Créeme: lo que le suceda a este hombre, sólo le sucederá a él; y si hubiera pecado contra todos los dioses, y la cólera divina se cerniese sobre su cabeza, y yo quisiera pecar, como él, para correr su misma suerte, sería lo mismo que cuando un extraño interviene en la disputa de dos enamorados: "¿Qué es lo que quieres, insensata?—me dirían los dioses—. Tú no puedes injuriarnos como él."

DELIA. Quizá estés más próxima a él de lo que pienses, tan pronto te mire complacido.

PANTEA. ¡Corazón mío! Yo misma no sé por qué le pertenezco. ¡Si le vieras! Creí que quizá ahora saldría, porque al eterno joven le agrada ir al bosque en esta hora en que el día se le parece. ¡Me hubiera gustado que le vieras cuando anda! Pero esto es un deseo, ¿no es verdad? Y debo acostumbrarme a

prescindir de los deseos, pues me parece como si los dioses no gustasen de nuestras súplicas impacientes, ¡y tienen razón! Nunca más volveré a hacerlo..., aunque puedo tener esperanzas, ¡oh dioses bienaventurados!, pues no conozco nada más que a él... Bien quisiera pediros como todos los demás la lluvia y los rayos solares. ¡Si pudiera hacerlo! ¡Oh eterno misterio! No podemos hallar lo que somos y lo que buscamos, y, en cambio, hallamos lo que no somos... ¿Qué hora es ya?

DELIA. Por allí viene tu padre. No sé qué hacer. ¿Nos quedamos o nos vamos?

PANTEA. ¿Cómo decías? ¿Mi padre? Ven. Vámonos.

ESCENA II

Coro de agrigentinos en la lejanía

CRITIAS y HERMÓCRATES

CRITIAS. ¿Oyes al pueblo ebrio?

HERMÓCRATES. Le buscan.

CRITIAS. El espíritu de ese hombre tiene mucho poder sobre ellos.

HERMÓCRATES. Lo sé; los hombres se encienden como hierba seca.

CRITIAS. El que alguien agite así a la multitud, me recuerda cuando el rayo de Júpiter agita y estremece el bosque.

HERMÓCRATES. Por eso les vendamos los ojos a los hombres, para que no puedan nutrirse tanto de la luz. Nada de lo divino debe mostrárseles, y su corazón no ha de hallar vida en torno. ¿No conoces a los antiguos, que se dicen preferidos del cielo? Alimentaron su pecho de las fuerzas del mundo, y lo inmortal estuvo junto a ellos, al penetrar el cielo. Por eso no inclinaron la cabeza, y ante estos poderosos, nadie pudo resistir. Hubieran sido transformados.

CRITIAS. ¿Y él?

HERMÓCRATES. Le ha hecho muy fuerte el haber llegado a ser amigo de los dioses. Su palabra resuena ante el pueblo como venida del Olimpo. Le agradecen que haya robado al cielo la llama de la vida y el haberla entregado a los mortales.

CRITIAS. Cierto. Ignoran todo lo que no sea él. Y él ha de ser su dios y su rey. Dicen que Apolo les construyó la ciudad a los troyanos, y que lo mejor sería que un gran hombre ahora les ayudase en el transcurso de la vida. Aun dicen más cosas inexplicables, y no acatan ley alguna, ni mandato, ni costumbre. Nuestro pueblo ha llegado a ser como una estrella errante, y temo que sea una señal de todo lo futuro, que él medita en silencio.

HERMÓCRATES. ¡Tranquilízate, Critias, no será!

CRITIAS. ¿Eres, acaso, más poderoso?

HERMÓCRATES. El que le comprende es más fuerte que los fuertes. Y ¡cuán conocido me es este hombre singular! Crece demasiado feliz.

Desde un principio se ha acostumbrado a dejarse guiar por su espíritu, que apenas le hace incurrir en el error. Créeme: ha de expiar el haber amado tanto a los mortales.

CRITIAS. También a mí me parece que no ha de durar más. Cuanto más tiempo lleve, antes caerá al llegarle su hora.

HERMÓCRATES. Ya ha caído.

CRITIAS. ¿Qué dices?

HERMÓCRATES. ¿Acaso no lo ves? Los pobres de espíritu y los ciegos hacen que el gran espíritu se equivoque en su camino. Entregó su alma al pueblo y el favor de los dioses a la plebe. Y el insensato recibe a cambio un eco vacío de un pecho mortecino y vengativo. Durante cierto tiempo lo soportó; sufrió paciente sin saber adónde le conduciría. Entre tanto creció la embriaguez del pueblo; estremecidos le escuchaban a él, con pecho tembloroso por sus palabras. Decían: "Ya no escuchamos a los dioses." ¡Y no quiero decirte qué nombres le daban los miserables al soberbio afligido! Pero, al fin, el sediento toma el veneno. ¡Infeliz, que no puede permanecer a solas, pues no encuentra algo semejante a sí mismo! Y se consuela con la furiosa adoración, y, cegado, se hace como estos necios supersticiosos. Sus fuerzas se han debilitado, camina en la oscuridad, no sabe qué hacer y nosotros le ayudamos.

CRITIAS. ¿Estás seguro de eso?

HERMÓCRATES. Le conozco.

CRITIAS. Me acuerdo de un orgulloso discurso que pronunció la última vez que estuvo en el ágora. No sé qué habría dicho antes al pueblo. Cuando llegué entonces, le oí desde lejos: "Me veneráis—decía—; hacéis bien, pues la Naturaleza es muda y viven ajenos entre sí el sol, el viento, la tierra y sus hijos, solitarios, como si no tuvieran relación unos con otros. Y todopoderosas giran en torno en el espíritu de los dioses las fuerzas libres e inmortales del mundo, y rodean a aquellas cuya vida es perecedera; con todo, como plantas silvestres en una tierra inculta, están sembrados los mortales en el regazo de los dioses, pobremente alimentados, y el suelo parecería muerto si no hubiese alguien vigilante que despertase la vida. ¡Mío es el campo! Pues mi fuerza y mi espíritu hacen que sea mío lo mortal y lo divino. Las fuerzas eternas ciñen con ardor al corazón que se afana, y poderosamente impelidos por un espíritu libre prosperan los hombres sensibles. ¡Y todo despierta! Yo uno lo dispar; con mi palabra doy nombre a lo desconocido y muevo el amor de los mortales; al que carece de algo, tomo de otro para dárselo. Yo uno vivificando y me agito rejuveneciendo al mundo vacilante, pues sin parecerme a nadie soy semejante a todo." Así habló el soberbio.

HERMÓCRATES. Eso aun es poco. Algo peor duerme en él. Le conozco, los conozco a esos excesivamente felices, hijos predilectos del cielo, que no sienten nada más que su alma. Si alguna vez

algo los altera—pues muy fácilmente se alteran estos seres delicados—, ya nunca más vuelven a aquietarse; la herida ardiente los impulsa, y hierve el pecho incurable. ¡También él! Aunque le ves tan callado, desde que el pueblo le es desfavorable, arde en su pecho el tiránico deseo. ¡El o nosotros! No hacemos ningún mal si le sacrificamos. ¡Debe morir!

CRITIAS. ¡Oh, no le irrites! Deja que se apague la llama, sofocada por sí misma. ¡Déjale, no le empujes! Para que el soberbio no sepa quién le empujó y solamente pueda pecar de palabra, muriendo como un loco que no nos perjudique demasiado. Resultaría temible con un enemigo poderoso. Créeme: entonces sentiría su poder.

HERMÓCRATES. ¡Tú le temes, temes todo, pobre hombre!

CRITIAS. Quiero ahorrarme el arrepentimiento, quiero respetar lo que debe respetarse. La vida y el entendimiento me enseñaron a honrar a Némesis, lo que no necesita hacer el sacerdote que todo lo sabe, ni el santo que todo lo santifica.

HERMÓCRATES. ¡Trata de comprenderme, insensato, antes que me estorbes! Ese hombre debe caer; yo te lo digo, y, créeme, si hubiera que respetarle sabría hacerlo mejor que tú, pues estoy más próximo a él que tú. Pero atiende esto: Más destructor que la espada y el fuego es el espíritu de los hombres, semejante al de los dioses, cuando no puede callar y descubre su secreto. Si permanece callado y reposa en sus profundidades, y da lo que es necesario, entonces es bienhechor; por el contrario, llega a ser como un fuego que devora cuando rompe sus cadenas. ¡Arrojemos a aquel que entrega su alma desnuda y a sus dioses, diciendo temerariamente lo que no debe decirse! ¡Arrojemos al que derrama y disipa como agua el peligroso bien que posee! Es peor que un asesino. ¿Y eres tú, tú, el que sales en su defensa? ¿No te persuadirás de lo que es necesario? Es su destino. El se lo ha buscado. Semejante a él, si, como él, loco y dolorido, debe vivir y perecer aquel que descubra lo divino y entregue lo oculto en manos de los hombres. ¡Debe caer!

CRITIAS. ¿Lo ha de pagar tan caro aquel que, con toda su alma, entregue lo mejor de sí mismo a los mortales?

HERMÓCRATES. Sí, pues Némesis no puede permanecer alejada. Que diga elevadas palabras; que muestre envilecida la vida, casta y silenciosa; que saque a la luz del día el oro de las profundidades; que haga uso de lo que no le ha sido concedido usar a los mortales. Sí; pero será el primero a quien todo esto le haga perecer. ¿Acaso no está ya trastornada su mente? Y su alma, tan tierna, ¿no se ha hecho lo bastante salvaje a causa del pueblo? ¡Oh, qué despótico se ha vuelto el compasivo! ¡Aquel ser bondadoso se ha transformado en un insolente, que hace juguete de sus manos a los dioses y a los hombres!

CRITIAS. Causa espanto lo que dices, sacerdote; pero creo en tus oscuras palabras. Sea. Aquí me tienes dispuesto a la obra,

aunque no sé por dónde debo empezar a derribarle. No es difícil elevar a un hombre, por grande que sea; pero derribar a un poderoso que conduce a la multitud como un encantador, muy otra cosa me parece, Hermócrates.

HERMÓCRATES. Es quebradizo su encanto, necio. El ya nos ha preparado el camino más fácilmente de lo que fuera necesario. Hubo un tiempo en que descargó su despecho y su ánimo afligido contra sí mismo. Ahora, aunque tuviera el Poder, lo despreciaría, pues, entristecido con la caída, busca la vida perdida y el dios que ha disipado con su charla. Reúneme al pueblo. Ante éste le acusaré, le maldeciré, y entonces se espantarán de su ídolo; le arrojarán al desierto, del que nunca más volverá, expiando allí el haber predicado más de lo que se debe a los mortales.

CRITIAS. ¿De qué le acusas?

HERMÓCRATES. Bastan las palabras que me has dicho.

CRITIAS. ¿Con esa débil acusación piensas alejar de su alma al pueblo?

HERMÓCRATES. Ya habrá oportunidad de que la acusación tenga fuerza, y no será poca, por cierto.

CRITIAS. Aunque le acusaras de homicidio, no se conmoverían esos seres supersticiosos.

HERMÓCRATES. Eso es, precisamente. Los supersticiosos perdonan el hecho evidente, y debe ser invisible para que se les entre por los ojos. Así es como se impresionan los idiotas.

CRITIAS. Sus corazones se inclinan a él; no los domarás, no los conducirás tan fácilmente, pues le aman.

HERMÓCRATES. ¿Que le aman? Sí; mientras prospera y brilla..., le miman; pero ¿qué harán ahora que está adusto y seco? Nada puede impedirlo. Sus horas están contadas; el campo ya no tiene cosecha, está abandonado, y la tormenta cae sobre él.

CRITIAS. ¡No le irrites! ¡No le irrites! ¡Ten cuidado!

HERMÓCRATES. Creo que es bastante paciente.

CRITIAS. Así hará suyos a los pacientes.

HERMÓCRATES. Cierto.

CRITIAS. Veo que nada te importa, y vas a hacer que tú, yo, él y todos nos perdamos.

HERMÓCRATES. En verdad que nada me importan los sueños y las ilusiones de los mortales. Aunque fueran dioses y se reverenciasen como dioses unos a otros, eso sólo duraría un instante. Pero, escucha: ¿crees tú que ese hombre, tan sufrido, podrá hacer suyos a los que sufren? El mismo logrará que los insensatos se rebelen contra él, pues conocerán la gran mentira y agradecerán despiadados que su ídolo sea tan débil como ellos. Y le estará bien empleado, por mezclarse con ellos.

CRITIAS. ¡Oh sacerdote, cómo me gustaría estar fuera de todo esto!

HERMÓCRATES. ¡Confía en mí, y no temas lo que es necesario! ¡Ha de suceder!

CRITIAS. Allí viene. Mientras pierdes todo, búscate a ti mismo, espíritu extraviado.

HERMÓCRATES. ¡Déjale! ¡Ven!

ESCENA III

EMPÉDOCLES

EMPÉDOCLES. Llegaste a mi silencio con suave paso; me hallaste en la oscuridad de la entrada, ¡oh amigo mío!; no viniste inesperado. A lo lejos, resonando sobre la tierra, percibí tu retorno. ¡Hermoso día! Y vosotras, amigas, ¡oh atareadas fuerzas de lo alto!, qué próximas estáis de nuevo, ¡oh bienaventuradas! ¡Sed como antes, árboles inmutables de mi bosque! En quietud crecíais; diariamente os nutría con luz un manantial celeste, y tú, ¡oh Eter!, vertías la viva lumbre de la vida, que fructificaba en las copas floridas. ¡Oh Naturaleza entrañable, te tengo ante los ojos! ¿No conoces al amigo, a tu preferido? ¿No me conoces? Al sacerdote que te ofrendaba cánticos, tan vivos como la sangre alegremente derramada. Por los sagrados árboles donde afluye el agua de las venas de la tierra, y donde los sedientos se refrescan los días calurosos, sí, también vosotros, manantiales de la vida, vinisteis a mí en otro tiempo, desde las profundidades del mundo, y hacia mí vinieron los sedientos... ¡Cómo! ¿Es que lo he soñado? ¿Acaso estoy solo? ¿También es de noche ahora en pleno día? Aquel que ha visto más alto de lo que permite la mirada mortal, cegado ahora va a tientas. ¿Adónde estáis, dioses míos? ¡Qué dolor! ¿Me habéis abandonado como a un mendigo? Aplastáis el pecho que os ha presentido lleno de amor, y me aprisionáis con vergonzosas ligaduras, a mí, que he nacido libre. ¡Que deba continuar viviendo el que ha sido tanto tiempo mimado, y que tan a menudo unió su vida a la de los mortales...! ¡Ay! Hermoso tiempo aquel y santo, en que supo sentir el corazón otro mundo lejano y sus fuerzas divinas... Sí; ahora condenada su alma, debe perecer. Y, arrojado, sin amigos, aquel que fué amigo de los dioses, para siempre debe nutrirse de la noche y de la nada, soportando lo insoportable, como aquellos débiles que se forjan en las jornadas del temible Tártaro. ¿Cómo? ¿He venido aquí abajo para nada? ¡Ah! Una cosa, una, habéis de dejarme. Loco, si todavía eres el mismo, y ya sueñas como si fueras un débil. ¡Una vez más todavía, una vez más he de vivir; lo quiero! ¡Bien sea maldito o con una bendición! ¡Infeliz! ¡Con tal que nunca te engañe la fuerza de tu pecho! Quiero que todo se dilate en torno mío; ha de amanecerme con mi propia llama; has de alegrarte, pobre espíritu, y has de sentirte preso, libre, grande y rico sólo en tu propio mundo... ¡Qué dolor! ¡Solo! ¡Solo! ¡Solo! ¡Ya nunca más os encontraré, dio-

ses míos; nunca más volveré a tu vida, Naturaleza! Ahora estás desterrado, ¡qué dolor! ¿Es que acaso no te he respetado? ¿Me he envanecido? ¡Oh dulce amiga! ¿No me has librado del sueño abrazándome con tus ardientes alas? ¿No has atraído al insensato con halagos hacia tu néctar, para que bebiese y creciese y floreciera, y, una vez poderoso y ebrio, se burlase de ti impunemente? ¡Oh espíritu, espíritu, que me has engrandecido, ya tienes un héroe! Te has hecho un nuevo Júpiter, viejo Saturno; uno más débil y más insolente, pues sólo su lengua perversa puede ultrajarte. ¡Todo ha pasado! ¡No te lo ocultes! Tú has sido el culpable, pobre Tártalo; has infamado el santuario, y con atrevido orgullo has roto el hermoso lazo. ¡Desgraciado! Cuando los genios del mundo, llenos de amor, se entregaron a ti, sólo pensaste en tu persona, pobre insensato, e imaginaste que, vendidos a ti los celestes, como simples esclavos te servirían. ¿No hay un vengador? ¿Debo ser yo mismo el que diga a mi alma la maldición y el ultraje? ¿Debo permanecer solitario? ¿Así? Nadie mejor que yo para arrancar la corona délfica de mi cabeza y los rizos que le corresponden al calvo vidente..., ¡oh dioses! ¡Ojalá no hubiera tenido nunca que pronunciar mi nombre, conservándome como un niño!

ESCENA IV

EMPÉDOCLES y PAUSANIAS

PAUSANIAS. ¡Oh poderes celestiales! ¿Qué es esto?

EMPÉDOCLES. ¡Vete! ¿Quién te ha enviado? ¿Quieres ejecutar tu obra en mí? Te diré todo por si no lo sabes, y luego compórtate con arreglo a ello. ¡Pausanias, no busques al hombre a quien entregaste tu corazón, pues ya no existe! Vete, hijo mío. Tu semblante me inflama. Ardo ante tu vista. No sé si es una bendición o una maldición lo que viene de ti, pero no puedo resistirlo. Aunque... ¡haz lo que quieras!

PAUSANIAS. ¿Qué ha sucedido? Largo tiempo te he permanecido fiel. Ahora, gracias le doy a la luz del día por haberte podido ver desde lejos, por haberte hallado así. ¡Ah gran hombre, que estás como herido por un rayo, aniquilado todo tu ser! ¿Estabas solo? No pude oír las palabras, aunque todavía resuena en mis oídos su extraño tono mortal.

EMPÉDOCLES. Era la voz de un hombre que se alaba porque le hizo demasiado feliz la Naturaleza, bondadosa.

PAUSANIAS. El mundo no te basta a ti, que te son familiares los dioses.

EMPÉDOCLES. Sí; es cierto, hijo mío, aun no se ha debilitado en mi espíritu el mágico ensalmo. Mira, todavía aman los genios del mundo al que todo lo ama entrañablemente. ¡Oh qué tiempo(s) aquel(los)! ¡Oh dulzuras del amor! Entonces el alma se abría y la despertaban de su cándido sueño, como a Endimión, los dioses, para recibir a los poderosos genios de la

vida, eternamente jóvenes. ¡Qué sol tan bello, entonces! Nada me habían enseñado los hombres aún. ¡Mi corazón santo, eternamente amando, me impulsaba hacia lo eterno! ¡Hacia ti!... Y no podía hallar lo divino, ¡oh silenciosa luz! Y así como tú derramas la vida durante el día, y alegre y libre de inquietudes te desprendes de tu dorada plenitud, así yo, que soy tuyo, entregaba lo mejor de mi alma a los mortales. ¡Cuántas veces, sin miedo, como tú, se daba mi corazón a la grave tierra, tan llena de destino, dispuesto como un joven a serle fiel hasta el final! ¡Y qué a menudo, en esas horas íntimas, os decía que anudarais así el preciado lazo que os une con ella hasta la muerte!

PAUSANIAS. ¡Qué juventud aquella! Sólo de pensarlo le brillan los ojos al hombre entristecido.

EMPÉDOCLES. ¡Todas tus alegrías, tierra! Todas me las dabas tú, verdaderas, cálidas, plenas, maduradas por el amor y el trabajo. Con frecuencia me sentaba en las silenciosas alturas de las montañas y meditaba, contemplando asombrado las desatinadas mudanzas de los humanos. Y si al presentir mi propia decadencia me conmovía en lo profundo, entonces el Eter me enviaba su aliento, como tú lo haces, mitigando las amorosas heridas de mi pecho; y al igual que las nubes hacen con el fuego, se desataban limpias mis penas en el azul altísimo.

PAUSANIAS. ¡Oh hijo del cielo!

EMPÉDOCLES. ¡Así era, así! ¡Y ojalá pudiese ahora decir lo mismo! ¡Pobre de mí! ¡Ojalá pudiese hacer brotar de mi alma los efectos de tu fuerza magnífica, que compartí otras veces, oh Naturaleza! ¡Oh, si este pecho sordo y mortecino volviera a resonar con tus acordes! ¡Oh vida! ¿Soy aún el mismo? ¿Es verdad que sonaron todas tus aladas melodías y oí tu eterna armonía, Naturaleza inmensa? ¡Ay de mí, que estoy solitario! ¿Acaso no viví con la sagrada tierra y con su luz, y contigo, que nunca abandonaste mi alma, padre Eter? ¿Acaso no viví con todo lo viviente, amigo de los dioses en nuestro Olimpo? Me han arrojado fuera, estoy solo, y únicamente el dolor me acompaña durante el día y comparte mi sueño. La felicidad ya no está conmigo. ¡Vete! ¡Vete! ¡No preguntes! ¿Piensas que estoy soñando? Mírame, y no te asombres, amigo mío, cuando veas adónde he venido a parar; a los hijos del cielo, cuando han sido demasiado felices, les está destinada una maldición especial.

PAUSANIAS. ¡Qué dolor! ¡No puedo soportar que hables así! ¿Tú? No puedo soportarlo. No debes angustiar así tu alma y la mía. Es un mal presagio que el espíritu de un poderoso, que ha sido siempre alegre, se oscurezca.

EMPÉDOCLES. ¿Lo crees así? Pues señal de que pronto descargará una tormenta sobre la tierra.

PAUSANIAS. ¡Oh maestro querido! No cedas a la tristeza. ¿Qué os hizo, dioses de la muerte, este puro de espíritu para que su alma

esté tan entenebrecida? ¿Acaso los mortales no poseen nada y puede el temor apoderarse de su corazón? ¿Es que acaso el eterno Destino también se enseñorea en el pecho de los grandes? ¡Domina tu pena y haz que obre tu poder! ¡Todavía eres el que más puede de todos; mírate en mi amor y verás quién eres! ¡Piensa en ti y vive!

EMPÉDOCLES. Me conoces y te conozco, pero no conoces la muerte ni la vida.

PAUSANIAS. La muerte la conozco poco..., aunque muy poco pienso en ella.

EMPÉDOCLES. Estar solitario y sin dioses, ¡esto es, esto es la muerte!

PAUSANIAS. Déjala, yo te conozco a ti; por tus obras te conocí, y fué su poder el que me hizo conocer el mundo de tu espíritu. ¡Cuántas veces una palabra tuya pronunciada en un bendito instante me dió muchos años de vida, de forma que una nueva era empezaba para el adolescente! ¡Cuántas veces! ¡Como el ciervo en cautividad, que añora su cuna al oír resonar el bosque a lo lejos, batía mi corazón al oírte hablar de la ventura de un mundo antiguo y primitivo, cuando anunciabas días inmaculados y todo tu destino permanecía abierto ante ti! ¿Es que no dibujabas ante mis ojos las grandes líneas del futuro, como hacen los artistas con la parte invisible de un cuadro? ¿Acaso no conocías las fuerzas de la Naturaleza, y familiarmente, como ningún mortal lo hace, las dirigías a tu gusto, con suave dominio?

EMPÉDOCLES. ¡Verdad! Todo lo sé, y todo lo domino; como obra de mis manos reconozco lo que me rodea. Señor de los espíritus, gobierno todo lo viviente. El mundo es mío, y todas las fuerzas son súbditos que me sirven...; la Naturaleza, que es una doncella necesitada de dueño, también me acata, y si aun tiene honor, es gracias a mí. ¿Qué sería del cielo y del mar, de las islas y de las estrellas y de todo lo que yace ante los ojos de los hombres; qué de esta muerta armonía si yo no le diese el tono, el lenguaje y el alma? ¿Qué sería de los dioses y su espíritu si yo no los anunciase? ¡Ah! Dime: ¿quién soy yo?

PAUSANIAS. Puedes burlarte en la tristeza de ti mismo y de todo lo que ennoblece a los humanos, sus acciones y sus palabras. Priva a mi pecho de su alegría y espántame como a un niño, pero... ¡habla! Te odias y odias al que te ama y quiere ser semejante a ti. Pretendes ser otro distinto del que eres; no te conformas con tu estimación y no quieres permanecer. ¡Deseas perecer!

EMPÉDOCLES. ¡Inocente!

PAUSANIAS. ¿De qué te acusas? ¿Qué sucede? Haz que tus sufrimientos no sean un enigma que me atormente.

EMPEDOCLES. ¡Oh, venera lo que no comprendes!

PAUSANIAS. ¿Por qué me lo ocultas y haces que tus penas sean un enigma para mí? Créeme: nada hay más doloroso.

EMPÉDOCLES. Y nada hay más doloroso, Pausanias, que descifrar las penas. ¿Acaso no lo ves, Pausanias? ¡Ay, cuánto mejor hubiera sido

que no hubieras sabido nada de mí y de mi tristeza! No debí haber hablado, casta y sagrada Naturaleza, que escapas a las mentes incultas. Como un soberbio bárbaro te he despreciado, y he creído que yo solo era el dueño... Aunque, sí, he conocido la vida de la Naturaleza, y, en otro tiempo, los dioses me sirvieron. Yo solo era el dios, que arengaba con atrevido orgullo... ¡Oh, créeme: mejor hubiera sido no haber nacido! Ahora vete, y nunca más vuelvas a consolarme... ¿Qué sucede? ¿Qué miras?

PAUSANIAS. ¿Qué? ¿Sólo por unas palabras? ¿Cómo puedes vacilar así, hombre atrevido?

EMPÉDOCLES. ¿Sólo por unas palabras? Sí. Y lo mismo que me amaron, ojalá los dioses me aniquilen.

PAUSANIAS. Nadie habló nunca como tú.

EMPÉDOCLES. ¡Nadie, es verdad! ¿Cómo hubieran podido?

PAUSANIAS. Es cierto. Nadie como tú, hombre portentoso, vió y amó más entrañablemente al mundo eterno con sus genios y fuerzas; por eso sólo tú pronunciaste palabras atrevidas, y por eso también eres tan sensible que basta una palabra orgullosa para arrancar de tu corazón a los dioses, ¡oh Empedocles!

EMPÉDOCLES. ¡Mira quién viene! Es Hermócrates, el sacerdote, y con él la muchedumbre, y Critias, el arconte. ¿Qué me quieren?

PAUSANIAS. Llevan mucho tiempo buscándote.

ESCENA V

EMPÉDOCLES, PAUSANIAS, HERMÓCRATES, CRITIAS y AGRIGENTINOS

HERMÓCRATES. Aquí está el hombre que decís que ha bajado vivo del Olimpo.

CRITIAS. Y está triste, como los mortales.

EMPÉDOCLES. ¡Sí; burlaos, pobre gente! ¿Os alegra que sufra el que os pareció grande? Igual que polvo llevado por el viento, os parece el poderoso cuando se hace débil. Os encanta el fruto que cae maduro a tierra. Sin embargo, creedme, no todo madura para vosotros.

UN AGRIGENTINO. ¿Qué ha dicho?

EMPÉDOCLES. Marchaos, os lo ruego; cuidad de lo vuestro; no os mezcléis en lo mío.

HERMÓCRATES. Espera; acerca de eso tiene aún que decirte algo el sacerdote.

EMPÉDOCLES. ¡Ay! ¡Oh dioses puros y vivificadores! ¿Ha de envenenarme este hipócrita mi tristeza? ¡Vete! Te he respetado muchas veces; así, pues, justo será que me respetes ahora. Ya lo sabes: bien te he dicho otras veces que te conozco a ti y a tu malvada secta. Durante mucho tiempo ha sido un enigma para mí cómo la Naturaleza os puede soportar en su centro. Cuando yo era un niño, mi corazón os evitaba, corruptores; mi corazón, piadoso e íntegro, que amando con ardor estaba pendiente del sol, y del éter, y de todos los mensajeros de la gran Naturaleza presentida; entonces, temeroso, sentía

que tratabais de persuadir el corazón en su libre amor a los dioses, para que ejercitase con vosotros un servicio común. ¡Idos! No puedo ver ante mí al hombre que se ocupa en lo divino como de un oficio. Su rostro es falso y frío y muerto, como son sus dioses. ¿Qué, os asombra? ¡Marchaos ahora!

CRITIAS. ¡No antes que una maldición sagrada te marque la frente, desvergonzado blasfemo!

HERMÓCRATES. Tranquilízate, amigo. Ya te he dicho que la soberbia se apoderaría de él. Ya lo oís, ciudadanos de Agrigento: este hombre me ultraja. No debo, pues, cambiar duras palabras, como en una riña salvaje. No está bien que un anciano lo haga. Vosotros mismos podéis preguntarle quién es.

EMPÉDOCLES. ¡Oh, dejad! Ya lo veis. A nadie aprovecha irritar a un corazón que sangra. Permitid que vaya tranquilo por el camino que sigo. Cuando desuncís del arado a la bestia que vais a sacrificar, ¿no le claváis la aguijada? Haced lo mismo conmigo. No envilezcáis mi pena, que es sagrada, con enojosos discursos, y librad mi pecho de las vuestras, ya que vuestro dolor pertenece a los dioses.

AGRIGENTINO 1.º ¿Qué sucede, Hermócrates? ¿Por qué dice este hombre tan extrañas palabras?

AGRIGENTINO 2.º Dice que nos vayamos, como si nos temiera.

HERMÓCRATES. ¿Qué os parece? Se le ha nublado el sentido, por haberse hecho un dios ante vosotros. Pero, como nunca creéis mis palabras, preguntadle ahora, que habrá de contestaros.

AGRIGENTINO 3.º Sí, te creemos.

PAUSANIAS. ¿Que le creéis, desvergonzados? Hoy no os agrada vuestro Júpiter; está triste. El ídolo se os hace molesto, y por eso lo creéis. Ahí está; se aflige y hace callar el espíritu, hacia el que tenderán, anhelantes, los jóvenes cuando vengan tiempos menesterosos y él ya no exista. ¿Y vosotros, mientras, arrastrándoos y silbando en torno de él? ¿Cómo podéis hacerlo? ¿Sois tan insensatos que no os previene la mirada de este hombre? Porque es apacible se atreven sus enemigos... ¡Oh sagrada Naturaleza! ¿Cómo también tú soportas en tu centro a estos gusanos? Pero bien veo que me miráis y no sabéis qué hacer conmigo: preguntadle al sacerdote; a él, que todo lo sabe.

HERMÓCRATES. Ya oís cómo nos reprende en nuestro propio rostro el joven atrevido. Puede hacerlo, ya que su maestro todo lo puede por vuestra causa. Quien se hace con el pueblo, habla lo que quiere, bien lo sé; pero no iré en su contra, porque todavía le soportan los dioses. Mucho soportan y callan; así, el único desbocado puede llegar hasta el extremo, para caer luego impíamente en una ilimitada oscuridad.

AGRIGENTINO 3.º Compañeros: desde ahora en adelante no quiero nada con estos dos.

AGRIGENTINO 1.º Oye, ¿cómo es que nos habrá podido engañar éste?

AGRIGENTINO 2.º ¡Que se vayan, el maestro y el discípulo!

HERMÓCRATES. Ha llegado el momento. ¡Yo os lo suplico, fuerzas temi-

bles, vengadoras de los dioses!... Zeus gobierna las nubes y Poseidón doma a las ondas, y a vosotras, ligeras como nadie, os ha sido concedido el dominio de lo oculto. Cuando un déspota nace y crece inclinado al crimen, vosotras marcháis a su lado errantes y pensativas, pendientes de aquel pecho cuyas palabras indiscretas delatan al enemigo de los dioses. ¡Sí; también vosotros conocéis al oculto seductor, que robó el sentido al pueblo y se burló de las leyes de la patria, que no respetó nunca a los antiguos dioses de Agrigento ni a sus sacerdotes! No permaneció oculta en el silencio su mente monstruosa. ¡Todo lo llevó a cabo! Infame, ¿te imaginabas que iban a saltar de júbilo cuando les decías que eras un dios? Entonces te habrías hecho el amo de Agrigento. Como un tirano único y todopoderoso, tuyo habría sido este pueblo bondadoso y esta hermosa tierra. Callaron, se espantaron y tú palideciste; se paralizó tu perniciosa saña en los oscuros recintos en donde te encierras, lejos de la luz del día. ¿Y vuelves ahora, para verter tu amargura sobre mí y ultrajar a nuestros dioses?

ACRIGENTINO 1.º ¡Bien claro está! Hay que juzgarle.

CRITIAS. Ya os dije que yo nunca me he fiado de este soñador.

EMPÉDOCLES. ¡Oh canallas!

HERMÓCRATES. Y todavía tienes valor de hablar. ¿Es que no comprendes que ya nada tienes que ver con nosotros, que eres un extraño y un desconocido para todo ser viviente? Ya no te pertenece el manantial del que bebemos; ni el fuego que nos calienta, ni lo que alegra el corazón de los mortales; todo te lo quitaron los santos vengadores de los dioses. Ya no es tuya la luz y su alegría, ni el verdor de la tierra, ni sus frutos; el aire ya no derrama sus bendiciones sobre ti, cuando tu pecho suspira anhelante y busca un refrigerio. Es en vano; no vuelvas a lo que és nuestro, pues tú ya perteneces a los vengadores, a los sagrados dioses de la muerte. ¡Ay del que desde ahora cobije en su alma una sola de tus palabras! ¡Ay del que te salude y te tienda su mano, del que te soporte a su mesa y te ofrezca bebida, y del que te cobije bajo su techo cuando, al llegar la noche, llames a su puerta, y del que encienda una antorcha en tu sepulcro cuando mueras! ¡Ay de ti, ay de ellos! ¡Vete! Los dioses patrios ya no toleran en sus templos al que los menosprecia.

PAUSANIAS. ¡Ven, no irás solo; todavía hay quien te reverencia, aunque se lo prohiban, maestro amado! La bendición del amigo es más poderosa que la maldición de este sacerdote. ¡Vente hacia lejanas tierras! También allí hallaremos la luz del cielo; vamos hacia la serena y libre Grecia, donde pediré para que el alma se te alegre; también allí hay verdes colinas, y el arco da su sombra bienhechora y una dulce brisa refresca el pecho al caminante; y cuando te sientes en los lejanos caminos, cansado del calor del día, yo mismo, con mis propias manos, te traeré el agua de un fresco manantial, y bus-

caré comida, y combaré las ramas sobre tu cabeza para darte sombra, y haré un lecho de hojas y musgo, y, mientras duermas, velaré tu sueño. ¡Sí, y también pondré la antorcha funeraria que quieren negarte estos infames!

EMPÉDOCLES. ¡Corazón fiel! ¡Oh ciudadanos, no pido nada para mí; cúmplanse vuestras órdenes. Sólo pido por este joven. Pero no volváis vuestros rostros. ¿No soy acaso el mismo que hace poco amabais, y en torno al cual os reuníais? Erais vosotros, sí, los que me alargabais las manos; entonces no os parecía mal; veníais hacia mí impetuosamente, y trayendo a los niños sobre los hombros los levantabais en alto. ¿No soy el mismo; no conocéis al hombre, al que decíais que iríais con él, si quisiera, de país en país como mendigos, y, si era necesario, que le seguiríais hasta el Tártaro? ¡Qué niños sois! Todo queríais dármelo; parecíais insensatos cuando me obligabais a tomar vuestro sustento; luego yo os daba del mío, y fijaos bien: siempre os di más de lo que me disteis vosotros. Ahora me iré de vuestro lado; pero no me neguéis esta sola gracia: ¡perdonad a este joven! No os causó mal alguno. Sólo m amó, como me amasteis vosotros. ¡Decidme si no es bello y noble! ¡Sed razonables y escuchadme! ¡Cuántas veces os dije que descendería una helada noche sobre la tierra, el alma se consumiría de dolor y los dioses bienaventurados no siempre enviarían a tales adolescentes para renovar la marchita vida de los hombres! ¡Cuántas veces os dije que debíais tener propicios a los genios! ¡Perdonadle; no claméis contra él, prometédmelo!

AGRIGENTINO 3.º ¡Vete; no queremos escuchar nada de lo que dices!

HERMÓCRATES. El muchacho tendrá lo que ha buscado. Expiará su arrogancia acompañándote y su maldición será la tuya.

EMPÉDOCLES. ¿Callas, Critias? No ocultes nada, pues también a ti te concierne este asunto. ¿No es cierto que le conociste? ¿Los pecados no desencadenaron torrentes de sangre? ¡Estoy suplicando a fieras; díselo, amigo! ¡Están ebrios; tranquilízalos con tus palabras, para que esos pobres seres recuperen el sentido!

AGRIGENTINO 2.º ¿Aun nos reprende? Recuerda que te hemos maldecido, y no hables. ¡Vete! De lo contrario, pronto pondremos las manos sobre ti.

CRITIAS. ¡Bien dicho, ciudadanos!

EMPÉDOCLES. ¿De verdad? ¿Os atreveríais a poner las manos sobre mí? ¿Cómo? ¿Codiciáis también mi vida, arpías hambrientas? ¿No podéis aguardar a que mi espíritu vuele para ultrajar mi cadáver? ¡Acercaos! Desgarrad y repartíos la presa, y que el sacerdote bendiga vuestro banquete e invite a sus íntimos, los vengadores de los dioses. ¿Tienes miedo, desgraciado? ¿Cómo? El taimado cazador ya ha logrado su presa, ¿por qué no se regocija? ¿Tiemblas? ¿Me conoces? ¿Debo amargarte la miserable alegría que tienes? ¡Por tus grises cabellos, hombre, escúchame! Has de ser de la tierra, pues

no sirves ni siquiera para hijo de las furias. ¡Mira qué mezquino eres, tú que pretendías mandar sobre mí! ¡Verdaderamente, qué acción tan miserable cazar una presa herida! ¡Qué bien se aprovechó de mi agonía el cobarde para envalentonarse! Me cazó y azuzó a la plebe contra mí, para que con sus dientes me mordiera el corazón. Y ahora, ¿quién mitiga mis heridas? ¿Quién cobija al hombre sin patria, que esconde sus cicatrices ante los extraños, y, lejos de las moradas que habitan, suplica a los dioses del bosque para que le acojan? ¡Ven, hijo! Me han hecho mucho daño, y, con todo, lo hubiese olvidado. Pero y a ti, ¿cómo te olvidaría? ¡Ah! ¡Vosotros, pereced, seres anónimos! Morid de una muerte lenta y que os acompañen los cánticos de los sacerdotes como graznidos de cuervo. Y así como el lobo se apiña junto a los cadáveres, ojalá también haya uno para cada uno de vosotros, que se sacie con vuestra sangre y que limpie a Sicilia de todos vosotros. Está seca la tierra donde antaño brotaban los racimos purpúreos para el pueblo, y los frutos dorados en el oscuro bosque, y la noble semilla, y donde el extranjero, al pisar vuestros templos, preguntaba si era allí donde estaba la ciudad. ¡Marchaos! ¡Ya nunca más me volveréis a encontrar! *(Va marchándose el pueblo.)* ¡Critias! A ti quiero decirte unas palabras.

PAUSANIAS. *(Después que Critias ha vuelto.)* Mientras, déjame ir a despedirme de mi anciano padre.

EMPÉDOCLES. ¡Dioses! ¿Por qué? ¿Qué os hizo este joven? ¡Vete, infeliz! Te espero en el camino que va a Siracusa; caminaremos juntos. *(Pausanias sale por el lado contrario.)*

ACTO SEGUNDO

.....

ESCENA II

EMPÉDOCLES y PAUSANIAS

.....

PAUSANIAS. ¿Qué tal estás? ¿Quieres que vaya al campo en busca de comida? Si no la necesitas, prefiero quedarme contigo, aunque quizá sería mejor que nos fuéramos y buscásemos un sitio en el bosque donde descansar.

EMPÉDOCLES. Mira, allí cerca brilla un arroyo. También es nuestro. Coge tu vaso, una hueca calabaza y llénala; quiero que un sorbo ne refresque el alma.

PAUSANIAS. *(Dirigiéndose al manantial.)* ¡Qué clara y fresca, qué viva brota de la oscura tierra, padre!

EMPÉDOCLES. Bebe tú primero. Luego llénala y tráeme.

PAUSANIAS. *(Al dársela.)* Que los dioses te la bendigan.

EMPÉDOCLES. ¡Por vosotros, dioses míos, antiguos amigos! Muy de otro modo retorno ahora, ¡oh Naturaleza! ¡Oh bienaventurados que me precedéis, y cuando llego os encuentro! Siempre florece antes de madurar. ¡Tranquilízate, hijo! Mira, no vamos a hablar más de todo lo pasado.

PAUSANIAS. Te has transformado; brilla tu mirada como la de un triunfador. No lo comprendo.

EMPÉDOCLES. Como dos adolescentes pasaremos juntos el día y hablaremos de muchas cosas. Hállase aquí fácilmente la sombra protectora, bajo la cual, libres de inquietudes, dos fieles e íntimos amigos sostienen su conversación. ¡Amado discípulo! ¡Cuántas veces, como dos niños que se nutren de un mismo racimo, henchimos nuestro corazón de un hermoso instante! Sí, acompáñame, para que no se pierda ni una sola hora de este día solemne; bien te ha costado llegar hasta él. Aunque no temas, ¿dan acaso los dioses algo en vano?

PAUSANIAS. Aclárame lo que dices y así podré alegrarme como tú.

EMPÉDOCLES. ¿Acaso no lo ves? Hoy vuelven a revivir los bellos instantes de mi vida; está lo grande ante nosotros. ¡Arriba, hijo! Vamos hacia la cumbre del viejo y sagrado Etna, pues sólo en las alturas nos ofrecen los dioses su presencia. Hoy veré desde allí, con mis ojos, los ríos, las islas, el mar y el brillo tembloroso del sol sobre las doradas aguas, el brillo juvenil que tanto amé. El astro eterno resplandecerá sobre nosotros, mientras en lo profundo de la tierra brote una brasa ardiente! ¡Con qué dulzura nos tocará el espíritu que todo lo mueve! ¡Oh, entonces...!

PAUSANIAS. Me causas espanto; no te entiendo. Estás alegre y hablas majestuosamente. Preferiría verte entristecido, ¡ay!, y que la ignominia que sufres consumiese tu pecho, y que no te tuvieses en nada, tú, tan grande como eres.

EMPÉDOCLES. ¡Oh dioses! ¡Que tampoco éste me deje tranquilo y turbe mi mente con sus rudas palabras! Si continúas, márchate. ¡Por mi vida! Esta no es hora de hablar tanto sobre lo que soy y lo que sufro. Eso ya pasó, y ya no quiero saber nada más. Lo he merecido. Pero sí te perdono que me lo hayas recordado tan inoportunamente. Todavía está ante tus ojos el sacerdote, y resuena en tus oídos la estridencia de los gritos burlones de la plebe, y la nenia de nuestros hermanos, que nos acompaña aún, lejos de la ciudad. ¡Ay de mí! Te juro por todos los dioses que me dieron el ser que no lo hubieran hecho si yo hubiera sido el de siempre. Pero ¿qué? Ignominiosamente, fué un día entre todos mis días el que me traicionó y me entregó a esos cobardes... ¡Silencio! ¡Basta! He de enterrarlo más hondo que la tumba más honda que se haya cavado para un mortal.

PAUSANIAS. ¡Ay!, ¡qué espantosamente he turbado su alma, grande y majestuosa! Ahora su pena es mayor que antes.

EMPÉDOCLES. ¡Consuélate! Es irremediable. Ya no te aflijas más. Y no

vuelvas a turbarme. El tiempo todo lo mitiga. Hace mucho que me he reconciliado con los mortales y con los dioses.

PAUSANIAS. ¿Es posible? ¿Es que se ha curado tu mente entristecida? ¿Acaso ya tu imaginación no te dice que estás solo, y, calmado, tu corazón se inclina hacia el corazón de la tierra? ¿Es que de nuevo tu mirada presiente al padre Eter? ¡Maestro amado! O ¿es que las acciones de los hombres te parecen tan inofensivas como las llamas de un hogar? Dime si no es así. Todo renace de nuevo, ¿no es cierto? ¡Mira!, bendeciré la clara corriente que te ha vuelto a la vida. Y mañana, ¡qué alegres descenderemos hacia el mar, que nos conduzca a orillas más seguras! No importan los trabajos y las fatigas del viaje, si el espíritu está alegre.

EMPÉDOCLES. ¡Qué niño eres, Pausanias! Has olvidado que nada sucede en vano a los mortales. Todo tiene remedio... ¡No, heroico joven, no palidezcas! Mira lo que me trae de nuevo mi antigua dicha: me concede lo que apenas había imaginado. Y no ha de irme mal, a mí, que estoy marchito, con los juveniles dioses, que encienden mis mejillas. ¡Vete, hijo mío! No quisiera que mis deseos y mis sentimientos se descubriesen. No están hechos para ti. Y óyeme, corazón amado: si alguna vez los descubres, no te los apropies, deja lo que es mío, como yo dejo lo que es tuyo. ¿Qué sucede?

PAUSANIAS. Una muchedumbre viene hacia aquí.

EMPÉDOCLES. ¿Sabes quiénes son?

PAUSANIAS. No puedo creer a mis ojos.

EMPÉDOCLES. ¿Cómo? ¿He de ser otra vez pasto de esa gente enfurecida? Y ¿con rabia y un dolor insensato encaminarme hacia lo que hubiera querido lograr pacíficamente? ¡Son agrigentinos!

PAUSANIAS. ¡Imposible!

EMPÉDOCLES. ¿Sueño acaso? Es mi noble rival, el sacerdote y su cortejo... ¡Bah! ¡Qué infame es la batalla, si aún no me he repuesto de mis heridas! ¿No tenéis fuerzas más dignas para combatirme? ¡Oh, qué horrible es tener que disputar con seres despreciables! ¡Qué dolor! En estos momentos sagrados, en que la Naturaleza, que todo lo perdona, templa el alma, todavía tiene que caer sobre mí esta turba, mezclando su insensato y enfurecido griterío con mi canto de cisne. ¡Sea! ¡Vamos! ¡Voy a amargaros! Ya he aguantado mucho a este maldito pueblo y he soportado en la ciudad de mi infancia a muchos falsos mendigos. ¿Es que todavía no me habéis perdonado el bien que os hice? Yo tampoco me lo perdono. ¡Venid, desgraciados! ¡Cúmplase! Apareceré encolerizado ante los dioses.

PAUSANIAS. ¿Cómo acabará esto?

ESCENA III

LOS MISMOS, HERMÓCRATES, CRITIAS Y EL PUEBLO

HERMÓCRATES. No temas nada. No te espanten las voces de los hombres que te echaron. Te perdonan.

EMPÉDOCLES. ¡Desvergonzados! ¿No se os ocurre otra cosa? Abrid los ojos y ved qué malos sois, para que el dolor paralice vuestras desatinadas e infames lenguas. ¿No enrojecéis, desgraciados? La Naturaleza, compasiva, hace insensible al hombre malvado, para que no muera horrorizado ante lo que es grande. ¿Cómo, si no, podría subsistir ante lo excelso?

HERMÓCRATES. Ya has expiado bastante tu delito; en tu rostro se marca el sufrimiento. Mitiga tu dolor y vuelve. El pueblo es bueno y te admite en la patria.

EMPÉDOCLES. Verdaderamente, qué buena nueva me anuncia este piadoso y pacífico mensajero: tener que ver, día tras día, la espeluznante danza que os arrastra como simios, sin descanso, cual temerosas sombras insepultas y errantes. ¡Ah! Nada mejor que vivir entre la maleza del bosque, bajo la lluvia y el ardor del sol, y compartir la comida con las fieras, antes que volver a vuestra ciega miseria.

HERMÓCRATES. ¿Así nos lo agradeces?

EMPÉDOCLES. Habla otra vez y mira, si es que puedes, aquella luz que brilla allí en lo alto. ¡Los destellos de Helios siempre han sido rayos para el hipócrita!... ¿Por qué no permaneces alejado? ¡Qué atrevido te pones ante mi vista! Vas a obligarme a decirte una última palabra, que te conduzca al Aqueronte. ¿Sabes lo que has hecho? ¿Qué te hice yo? Ya te previne. El miedo te tuvo atadas las manos durante mucho tiempo y tu saña bullía entre sus lazos; mi espíritu la detenía. En verdad que lo noble atormenta a los malvados más que el hambre y la sed. No descansabas; te lanzaste contra mí, engendro. ¿Quizá imaginabas que sería tu igual, cuando escupieses a mi rostro tus ultrajes? ¡Qué pensamiento tan estúpido! Y me diste tu veneno para que bebiese, pero mi dócil genio no se podía emparejar contigo, y te apartó con esta sangre que profanas. Es en vano; vamos por distintos caminos. ¡Muere de una muerte vulgar, como te corresponde, lleno de innobles sentimientos de esclavo! ¡Oh dioses, a mí me deparasteis otra suerte, otro camino, cuando estuvisteis presentes en mi nacimiento! ¿De qué se asombra el hombre experto? Su obra ya no existe, y sus zarcillos no pueden ceñirse a mi alegría. ¿Es que no lo comprendes?

HERMÓCRATES. En verdad que no entiendo a este hombre enfurecido.

CRITIAS. Basta ya, Hermócrates. Estás atizando la cólera de un hombre duramente ultrajado.

PAUSANIAS. Insensatos, idos con vuestro frío sacerdote, que todavía puede haceros bien, y reconciliaos con aquel que, abandonado por los dioses, ya no puede amar. El y los suyos no han

venido a la vida para traer la paz, sino para sembrar la discordia y la muerte. ¡Ahora, contempladle! ¡Oh, si lo hubierais hecho hace años! No hubieran sucedido muchas cosas en Agrigento. Mira lo que has hecho, Hermócrates, a lo largo de tu vida. ¡A cuántas alegrías has llevado la angustia, ahuyentándolas de los mortales! Has sofocado más de un héroe en su cuna; tu guadaña segó la juvenil naturaleza como una flor campestre. Mucho he visto y mucho he oído. Dicen que, cuando un pueblo ha de perecer, envían las furias a uno que, embaucando a los demás, dirige el crimen que ha de perpetrarse contra el hombre cuya vida es rica. Luego, ya experto en malas artes, el hipócrita se erige en ciudadano ejemplar, y, lleno de indignación, se las arregla para que el que es semejante a los dioses caiga entre lo vulgar. ¡Empédocles mío!... Sigue el camino que elegiste, no he de impedírtelo, pues asimismo arde la sangre en mis venas. Cuando me abandones buscaré al miserable que te ha quitado la vida, y nada podrá impedir que le arrastre desde el altar hasta un río, mejor aún, hasta un elemento que se le parezca, hacia un pantano mortecino, donde le sumerja, y cuando gima suplicante tendré para sus canas la misma compasión que él tuvo para los demás. ¡Fuera! ¿Lo oyes? ¡Doy mi palabra de que lo haré!

PRIMERO. ¡No necesitas esperar, Pausanias!

HERMÓCRATES. ¡Ciudadanos!

SEGUNDO. ¿Mueves aún la lengua? Nos has hecho mucho mal. Tú, tú nos has ofuscado el entendimiento; tú nos has robado el amor de este semidiós, que ahora ya no existe. No nos conoce. ¡Ay! En otros tiempos nos miraba con dulces ojos; ahora, su mirada altera mi corazón.

TERCERO. ¡Qué dolor! ¡Ojalá fuéramos como los antiguos en tiempos de Saturno, cuando alegremente un hombre excelso podía vivir entre nosotros, y la alegría reinaba en nuestras casas, y todo nos bastaba. ¿Por qué haces que recaiga sobre nosotros la maldición imborrable que ha pronunciado? ¡Ay!, ha hecho lo que debía. Así, nuestros hijos, cuando crezcan, dirán: "Vosotros matasteis al hombre que nos enviaron los dioses."

SEGUNDO. ¡Llora!... ¡Cuánto más grande me parece ahora, cuánto más amado! ¡Que todavía te obstines en ir contra él, y estés ahí como si no vieras nada! ¿No se te doblan las rodillas ante su presencia? ¡Póstrate, hombre!

PRIMERO. ¿Quieres ser todavía un fetiche? ¿Cómo? ¿Pretendes aún continuar? He de hacerte caer, y he de ponerte el pie sobre la espalda hasta que me digas que incluso en el Tártaro estás mintiendo.

TERCERO. ¿Sabes lo que has hecho? Mejor sería que hubieras cometido un robo en el templo. Le adoramos, y él aprobaba nuestra adoración. Con él llegamos a ser tan libres como dioses, hasta que inesperadamente, como una peste, apareció tu espíritu malvado, y en un torbellino frenético arrastró nuestro corazón, sus palabras y la alegría que nos había regalado. ¡Qué

ergüenza, qué ignominia! Saltamos de júbilo, como salvajes, cuando ultrajaste mortalmente al ser tan querido. Es irreparable lo que has hecho; aun cuando tuvieras siete vidas y las perdieses, no podrías pagar el mal que nos causaste.

EMPÉDOCLES. El sol va hacia su ocaso; dejadme, hijos; todavía tengo mucho que caminar esta noche. ¡Dejadle! Hace ya mucho tiempo que disputamos. Lo ocurrido borra todo; desde ahora, dejémonos en paz.

PAUSANIAS. Entonces, ¿todo te es igual?

TERCERO. ¡Amanos de nuevo!

SEGUNDO. Ven y vive en Agrigento. ¡Un romano me ha dicho que llegaron a ser tan grandes con Numa! ¡Ven, divino! Sé nuestro Numa. Hace ya mucho que pensamos que debieras ser rey. ¿Quieres serlo? ¿Quieres? Yo te saludaré el primero y todos lo harán.

EMPÉDOCLES. Ya no es tiempo de reyes.

LOS CIUDADANOS. *(Aterrados.)* ¿Quién eres, hombre?

PAUSANIAS. Así es como se rechazan las coronas, ciudadanos.

PRIMERO. No comprendemos tus palabras, Empédocles.

EMPÉDOCLES. ¿Acaso el águila conserva siempre a sus crías en el nido? Cuando todavía son ciegas, las cuida, y las nacientes vidas, sin plumas aún, dormitan dulcemente entre sus alas. Pero apenas han contemplado el sol y sus alas se han robustecido, las arroja del nido para que vuelen por sí mismas. Avergonzaos de pedir un rey; ya sois muy mayores; era distinto en tiempos de vuestros padres. Nada puede ayudaros si no os ayudáis vosotros mismos.

CRITIAS. ¡Perdón! ¡Juro por todo lo divino, oh traicionado, que eres un gran hombre!

EMPÉDOCLES. Fué un día aciago el que nos separó, Arconte.

SEGUNDO. ¡Perdona y ven con nosotros !Más apacible que en cualquier otro sitio ha de brillar el sol de tu patria, y aunque no aceptes el poder que te corresponde, recibirás nuestras ofrendas, el verde follaje de las coronas, los hermosos epítetos y el bronce perenne de las columnas. ¡Oh, ven! Te servirán nuestros adolescentes, aquellos puros que nunca te ofendieron. ¡Con tal que estés próximo, soportaremos que nos evites y permanezcas solitario en tu jardín, hasta olvidar todo lo que te ha sucedido!

EMPÉDOCLES. ¡Otra vez! Nuevamente vuelvo a pensar en vosotros, oh jardines de mi juventud feliz, oh luz de la patria que me crió! ¡Oh días gloriosos en que viví puro y amado por el pueblo! ¡Estáis perdonados, hijos! Y ahora dejadme, respetadme, pues sería en vano! ¡Callad! Es mejor que no volváis a ver el semblante de aquel que ofendisteis; es preferible que recordéis al hombre que amasteis, para que así no se extravíe su entristecido ánimo. ¡Que mi imagen viva entre vosotros con juventud eterna, que resuenen más armoniosamente los alegres cánticos cuando yo me haya alejado! Separémonos antes que

la vejez y la locura nos separen y no podamos voluntariamente escoger a su tiempo la hora de la separación.

TERCERO. Entonces, ¿nos dejas sin tu apoyo?

EMPÉDOCLES. Me habéis ofrecido una corona, hombres; tomad a cambio lo sagrado que en mí yace. Largo tiempo lo conservé guardado. ¡Que a menudo, en las serenas noches, cuando el mundo se me hacía visible y la sagrada luz con sus estrellas me envolvía como un espíritu apacible, lo sentía vivir en mí! ¡Cuántas veces! ¡Con qué impaciencia convocaba entonces a las nubes del amanecer que surgían de Oriente para la nueva fiesta, en la que cantaría mi canción con el coro de vuestras voces! Ya al amanecer pensaba las graves palabras, tanto tiempo retenidas, que habría de deciros. Pero siempre volvía a cerrarse mi corazón, y esperaba que llegase su hora, el tiempo de su madurez. Hoy es mi día otoñal y cae el fruto por sí mismo.

PAUSANIAS. ¡Oh, si hubiera hablado antes, quizá no hubiera sucedido todo esto.

EMPÉDOCLES. No os dejo sin apoyo, ¡amados míos! ¡No temáis nada! Los hijos de la tierra temen siempre lo nuevo y lo extraño. Hasta la vida de las plantas y la de los alegres animales aspiran a vivir encerradas en sí mismas. Tratan de vivir limitados a su propio ser, y su existencia no comprende otra vida; pero, al fin, temerosos, deben abrirse muriendo, para volver de nuevo al elemento del que surgen, como de un baño purificador, con nueva juventud. Una gran alegría les fué concedida a los mortales: el poder renovarse. Invencibles surgen los pueblos, como Aquiles de la laguna Estigia, de aquella muerte purificadora que eligieron ellos mismos a su debido tiempo... ¡Oh, entregaos a la Naturaleza antes que ella os tome! Largo tiempo lleváis anhelando lo insólito, y como de un cuerpo enfermo el espíritu de Agrigento se dirige al pasado. ¡Atreveos! Olvidad lo que habéis heredado, lo que adquiristeis, lo que aprendisteis por boca de vuestros padres, los usos y las leyes, los nombres de los antiguos dioses; olvidadlo y, audaces, posad la mirada sobre la naturaleza divina. Y cuando el espíritu se inflame en la luz celeste y, como por vez primera, se vierta en vuestro pecho un dulce hálito, y plenos de dorados frutos murmuren los bosques y el manantial que brota de la roca; cuando la vida del mundo os conmueva con la paz de su espíritu y meza vuestra alma con un sagrado cántico, entonces, entre el maravilloso alborear de la delicia, surgirá renacido el verdor de la tierra, las montañas y el mar, las nubes y los astros, y se os aparecerán las nobles fuerzas, hermanas de los héroes, portando las armas con las que os golpearán el pecho, despertándole a nuevas hazañas en un mundo más bello; entonces os daréis las manos de nuevo, mantendréis la palabra y os repartiréis el bien común; entonces, amados míos, compartiréis la fama y las acciones cual fieles Dióscuros; todos serán iguales, descansará la vida

en justas órdenes cual esbeltas columnas, y vuestra unión confirmará la ley. Entonces, oh genios de la Naturaleza mudable, el pueblo libre os invitará a su fiesta. ¡Sed hospitalarios y piadosos, pues sólo cuando aman son buenos los mortales! ¡Que la esclavitud y la pena no encoja vuestro pecho! Desde el fondo de sus corazones te llaman de nuevo, ¡oh tierra!, y así como las flores brotan en tu regazo oscuro, así florece el rubor de los agradecidos en su pecho lleno de vida y en su feliz sonrisa. Desciende el manantial, lleno de las guirnaldas amorosas, que le han sido ofrendadas; entre bendiciones se transforma en cascada, y el eco, en sus orillas, alegremente entona un cántico de alabanza, digno de ti, oh padre Océano. A tu celeste contacto, el genio de los hombres se siente renovado, oh dios del sol, y es tan tuyo como de él todo lo que hace. De su ánimo alegre y de su vida plena brotan los actos, como de ti los rayos, y no muere ya lo bello en su mudo y entristecido corazón. ¡Que a menudo el corazón de los mortales, como una valiosa semilla, envuelta en cáscara seca, espera que llegue su hora. El Eter amoroso insufla su aliento, mientras sus ojos beben, como las águilas, la luz de la mañana. Pero la bendición final no le llega al soñador, y mezquinamente se alimenta del néctar que los dioses de la Naturaleza, día tras día, brindan a su adormecido ser, hasta que, cansado del ejercicio inútil, y preso en su pecho, como Niobe de una extraña frialdad, el espíritu poderoso siente un día que posee su paz interior, y entonces, recordando su origen, busca la vida de la perenne belleza y se abre en su pura presencia. Y entonces brilla un nuevo día, y asombrado el corazón incrédulo, muerto de amor ahora en el sagrado encuentro, se inclina hacia lo amado y se une... ¡Sí! Se une a ellos, a los dioses bienaventurados y vivificadores, tanto tiempo anhelados. ¡Adiós! Esta es la última palabra de un mortal que os ama y que en estos instantes vacila entre vosotros y sus dioses, que le llaman. Nuestro espíritu se resiste a la despedida. Los que no vuelven dicen siempre la verdad.

CRITIAS. ¿Adónde vas? ¡Por los dioses del Olimpo, no dejes a este anciano entre ciegos! Basta con que permanezcas cerca para que el alma renacida de tu pueblo dé sus ramos y frutos.

EMPÉDOCLES. Cuando esté lejos ya os hablarán por mí las flores del cielo, las brillantes estrellas, ¡sí!, y brotarán innumerables las flores de la tierra. La Naturaleza, con su presencia divina, no necesita hablar, y una vez que se os ha aproximado, ya nunca más vuelve a dejaros solitarios, pues indelebles son sus miradas y vivificante es el fuego celeste que alienta victorioso por todos los tiempos; la bendición del padre volverá a renovar el recuerdo de los tiempos pasados, cuando vuelvan aquellos días de Saturno, viriles y dichosos. Y el olvidado mundo de los héroes acudirá a la fiesta, surgiendo del reino de las sombras como de un cántico primaveral, y los recuerdos, con su cendal nostálgico y dorado, os ceñirán gozosos.

PAUSANIAS. ¿Y tú? ¿Y tú? ¡Ay! No les diré nada a estos seres felices para que no presientan lo que va a suceder. ¡No, oh, no! ¡No puedes hacerlo!

EMPÉDOCLES. ¡Qué deseos! Sois como niños y, con todo, queréis saber lo que es justo y razonable. ¡Te equivocas! Habláis como insensatos a un poder que es más poderoso que vosotros, pero es en vano, y, como el astro en su carrera incontenible, camina la vida hacia su perfección. ¿No conocéis el lenguaje de los dioses? Yo lo percibí al nacer a la vida y contemplarla, aun antes de aprender el lenguaje de los padres. Siempre lo he venerado más que a las palabras de los hombres. ¡Vamos! Me llaman; las brisas al moverse renuevan poderosas mi nostalgia, y aunque quisiera permanecer aquí más tiempo, sería como un niño torpe que quiere continuar con los juegos de su infancia. ¡Ah! Insensible como los esclavos, caminé ante vosotros y mis dioses en la oscuridad y la miseria. Ya he vivido bastante. E igual que reina la flor y la dorada fruta en la cima del árbol, vertiendo su semilla sobre la oscura tierra, así del esfuerzo y la pena brota mi alegría y derrama su fuerza celeste; y en lo profundo brotan, oh Naturaleza, las fuentes excelsas de tu dicha gozosa. Todas se depositan en mi pecho, que las recibe en éxtasis. Siempre que meditaba en esta hermosa vida, mi corazón sólo pedía una cosa a los dioses: que cuando mis fuerzas juveniles ya no pudieran soportar la sagrada dicha y, como a los antiguos favoritos del cielo, la plenitud de mi espíritu se transformase en locura, entonces que enviaran a mi corazón un inesperado destino, como señal de que había llegado el tiempo de la purificación y el momento de salvarme y caminar hacia una nueva juventud, para que el amigo de los dioses no sirviese de juego a los hombres ni fuese objeto de su burla y escarnio. ¡Y me lo concedieron! Cierto que ya una vez me amonestaron, pues al espíritu libre le basta con una sola vez. Y, con todo, yo no entendía, semejante al caballo que no obedece a la espuela y necesita del látigo. Por eso no exijáis el retorno del hombre que os amó y vivió entre vosotros corto tiempo como un extraño. No exijáis que entregue lo sagrado de su alma a los mortales. ¡Oh, si hubiera sido una hermosa despedida, habría podido entregaros lo que más amo: el corazón, arrancado de mi ser! ¡Y ahora, nada! ¿Qué hago aún entre vosotros?

PRIMERO. Necesitamos tu consejo.

EMPÉDOCLES. ¡Preguntadle a este joven! Y no os avergoncéis de hacerlo. De su espíritu puro brotarán la sabiduría cuando vuestras preguntas fervorosas quieran sondear lo sublime. La antigua sacerdotisa Pitia predecía los oráculos en los manantiales recién brotados; vuestros mismos dioses son jóvenes. ¡Discípulo amado! Muero gustoso sabiendo que tú vives; yo fuí como una nube del amanecer, inútil y efímera. Mientras yo florecía solitario, el mundo dormitaba. Tú, sin embargo, naces al claro día.

PAUSANIAS. ¡Oh! Debo callar.
No intentes persuadirte y convencernos, ¡hombre admirable! Ante mi vista todo se oscurece, no veo adónde te diriges y no puedo decir: "¡Quédate! Demora tu partida un día." ¡Cuántas veces el instante nos prende y nos arrastra fugitivos con lo fugitivo. A menudo, el placer de una hora nos parece premeditado. Y, con todo, esa hora es la que nos deslumbra para que la contemplemos en el pasado. ¡Perdóname! No quiero profanar tu espíritu poderoso en este día; bien veo que debo dejarte y sólo ocuparme de la pena que me aflige.

TERCERO. ¡Oh, no, no! No te vayas con los extraños. No atravieses el mar hacia las costas de Hélade o Egipto, para ir con los hermanos que hace tanto que no te ven, ¡hombre excelso y sabio! Pídele que se quede; me estremece la vista de este hombre silencioso, claramente lo veo; aunque las tinieblas me rodean, presiento que vendrá un tiempo en que... *(Volviéndose hacia Empédocles.)* Sí, has comprendido que debes llevar la carga de un gran destino y la soportas gustoso. ¡Qué magníficos son tus pensamientos! Sin embargo, acuérdate también de aquellos que te aman, de los puros de corazón y de los que, ahora arrepentidos, entonces te ofendieron, ¡oh bondadoso! ¡Cuánto nos has dado! ¿Qué haremos ahora sin ti? ¡Que no quieras concedernos un instante, alma bondadosa!

EMPÉDOCLES. ¡Qué ingratitud! Ya os di bastante para que vivierais. Ahora, mientras no os falte el aliento, podéis vivir; yo, no. Debe marcharse a tiempo el ser por cuya boca habló el espíritu. A menudo, la naturaleza divina se manifiesta de un modo divino a través de los hombres, para que de este modo la aventurada especie humana vuelva a reconocerse. Así, cuando la ha revelado aquel corazón mortal, arrebatado por la dicha, permitid que se rompa el recipiente para que no se use de otro modo y lo divino no pase a ser obra de los hombres. ¡Dejad morir al hombre afortunado, al que es feliz! Dejadle, antes que se disipe en la ignominia, el odio y la soberbia. Los espíritus libres deben sacrificarse a tiempo a los dioses. Hace mucho que lo sé y que mi suerte es conocida. ¡Cuántas veces lo presagié en mis días juveniles! ¡Respetadlo, pues! Y mañana, cuando no me halléis, decid: "No podía envejecer y ver pasar sus días, no podía someterse a las dolencias. Desaparezca invisible, para que la mano del hombre no cave su tumba y ningún ojo vea sus cenizas." No conviene otra cosa a aquel ante el que lo divino desplegó su velo en las alegres horas de los días sagrados, al que amaron la luz y la tierra, al que el espíritu del mundo despertó su espíritu. ¡No conviene, mientras vivan aquellos por los que muero y hacia los que vuelvo!

CRITIAS. ¡Qué dolor! Es inflexible. El corazón, incluso, se avergüenza de pronunciar una palabra.

EMPÉDOCLES. ¡Ven, dame tus manos, Critias! ¡Y vosotros todos! *(Dirigiéndose a Pausanias.)* Tú, el más amado, permanece todavía con-

migo hasta que anochezca; tú, que fuiste siempre fiel, joven bondadoso. No te entristezcas, pues mi final es bello y santo... ¡Oh aura que ciñes al que, renovado, camina allá en lo alto por nuevos senderos! Sí, te presentí, y como el barco que se aproxima a los bosques fragantes de la isla materna, mi pecho amoroso te respira. Vuelve a nimbar al semblante envejecido el recuerdo de los dorados goces de la juventud. ¡Oh tú, olvido, que todo lo perdonas! Siento que mi alma se inunda de bienaventuranza, amados míos. ¡Marchaos y saludad a mi ciudad y sus campos! Ya cuando ibais al bosque sagrado para honrar a los dioses de la Naturaleza, que admitían desde las alturas vuestros cánticos amigos, ya entonces me parecía que algo resonaba doliente en la canción. Escuchad de nuevo la voz del amigo, oculta en la armonía del universo hermoso. ¡Qué espléndida resuena! Mientras permanecí entre vosotros, todo lo que os dije fué poco, pero tal vez un dorado torrente de luz entre nubes crepusculares lo lleve al manantial callado que pueda bendeciros. Entonces... ¡acordaos de mí!

CRITIAS. ¡Hombre santo! Me has vencido. Veneraré todo lo tuyo y no le daré nombre. ¿Debe suceder así? Todo ha sido tan rápido... Cuando vivías silenciosamente en Agrigento no te acatábamos, y ahora nos eres arrebatado antes que podamos pensarlo. Va y viene la alegría, pero no pertenece a los mortales. Y el espíritu, sin ser interrogado, prosigue su camino. ¡Ay! ¿Podremos decir que has existido?...

Versión castellana de Carmen Bravo-Villasante.
Avenida de América, 10.
MADRID.